

*Retrato de familia*  
con *Fidel*  
de Carlos Franqui

†  
Por Jorge Edwards

b Seix Barral. Biblioteca Breve  
Barcelona, Caracas. México, 1981; 550 pp.

Ocurre que Cuba, un país en apariencia simple y sometido a todas las simplificaciones ideológicas y periodísticas propias de nuestro mundo, ha sido siempre, en realidad, un rompecabezas histórico. Pertenece a la especie de los países enigmas, que durante largos periodos dan poco que hablar y que de pronto provocan una explosión que nadie había previsto, que sorprende a todos, y que sin embargo, si se ponía un poco de atención, era perfectamente previsible. Países enigmas: Irán, Polonia, Japón. . . Hay que leer el libro de Marguerite Yourcenar sobre Yukio Mishima para comprender la inclusión de Japón en esta lista, que está muy lejos de ser taxativa.

Este *Retrato de familia con Fidel*. de Carlos Franqui, aún más que sus voluminosos Diarios de la Revolución, contribuye a romper muchos de los esquemas que circulan sobre el enigma de Cuba. Es un texto extraordinario, apasionante, y bastante curioso en cuanto a su forma literaria, ya que combina la penetración, el conocimiento de los detalles, la astucia, con una extraña ingenuidad. Franqui se define a sí mismo en

diversos pasajes como un campesino, con lo cual indica que tiene conciencia de esa ingenuidad, que en cierto modo la utiliza; pero en su libro aparece como alguien semejante a un profeta, siempre escandalizado por las desviaciones impuestas por la política, por la razón de Estado, siempre dispuesto a expulsar a latigazos a los mercaderes del Templo de la Revolución. Un profeta desarmado desde sus comienzos, o armado de una máquina de escribir, y que no se resigna a abandonar su Revolución propia, con mayúscula, después de la experiencia de la revolución y del socialismo reales.

Es por eso que la prosa de Franqui, imaginativa, desmadejada, cargada de dichos cubanos y de un aluvión de italianismos y de galicismos recogidos en el exilio, pasa con facilidad a un sistema de enumeraciones que recuerda el versículo de la Biblia o el verso libre de un Paul Claudel, un León Felipe o un Walt Whitman. Profetas armados de palabras e inspirados por una visión global, luminosa, en inevitable desacuerdo con las circunstancias históricas.

El libro de Franqui, entre otras cosas, es la descripción de una disidencia paulatina, que desemboca al cabo de los años, con el motivo preciso de la invasión soviética de Checoslovaquia, en 1968, y su famosa aprobación pública por Fidel Castro, en la ruptura completa. La perspectiva de espacio y tiempo con que ha sido escrito, unida a la permanente obsesión del autor con el tema, le confieren rasgos originales, en alguna medida únicos, dentro del género. Franqui es un profeta campesino y es un profeta del trópico, un experto y un gustador, un nostálgico sin remedio, del mundo popular cubano. Nadie puede hablar mejor que él de la relación crítica, a primera vista incomprensible, entre alegría del pueblo. antiguo régi-

men y revolución. La ira de la burguesía y la decepción de algunos dirigentes revolucionarios son fáciles de explicar. El encanto discreto de la burguesía, y el de muchos revolucionarios surgidos de su seno, pertenece a ese mítico "antes de la Revolución". ¿Cómo comprender, en cambio, la tristeza del pueblo liberado de sus cadenas? Franqui, en una primera etapa, lo atribuye al modelo soviético de socialismo, pero después parece insinuar una duda más profunda y más perturbadora.

Otro aspecto original del libro, facilitado precisamente por la perspectiva, por la distancia del narrador, es el hecho de que uno de los mejores personajes, aparte del retratado principal, sea el mismo Carlos Franqui en el interior del proceso revolucionario: un hombre de acción que había asumido desde un comienzo el papel de testigo, sin saber que su rol de testigo lo conduciría inevitablemente al de mártir (¿o lo sospechaba desde el comienzo?), y que pronto se empieza a convertir en una presencia incómoda, discutidora y acusadora.

Esa autenticidad del personaje facilita una revelación poco frecuente en un testimonio de disidencia: el origen del conflicto del autor con el poder castrista era, en verdad, anterior al triunfo revolucionario. Ya en la época de la Sierra Maestra, observa Franqui, se exageraba la importancia de la guerrilla y se disminuía la del Movimiento 26 de Julio, que él había contribuido a fundar junto a Frank País, Abel y Haydée Santamaría y otros. Sin la resistencia clandestina en las ciudades, animada por el 26 de Julio, la guerrilla no habría ganado la pelea con tanta facilidad. Esta deformación inicial facilita muchas simplificaciones posteriores, sobre todo en la visión extranjera del fenómeno. La Cuba anterior a Fidel no era un paradig-

ma tan completo de tiranía y subdesarrollo, como se pretendió después, incluso para utilizar la guerra de guerrillas como fórmula generalizada de toma del poder, como panacea revolucionaria. Por el contrario, la Cuba anterior, si se excluyen los momentos más intensos de la lucha contra Batista, tenía sindicatos poderosos, tradición política y parlamentaria, partidos de izquierda bien organizados, una prensa relativamente libre. Desde la Sierra, Fidel, precisamente, fue muy hábil para utilizar esa prensa y para pactar con algunos de los políticos del pasado. Si el ambiente político no hubiera sido así, no tendría ninguna explicación la participación del partido comunista cubano en el gobierno de Batista, en los años cuarenta. En muchos pasajes la obra de Franqui sirve para refrescar la memoria, acción arriesgada dentro del socialismo real, pero que no es menos necesaria, ni está exenta de riesgos, en Occidente.

El primer acto de rebeldía abierta de Franqui tuvo plena coherencia con esa noción de la historia reciente cubana. Consistió en cortarse la barba al poco tiempo del triunfo revolucionario, en un momento en que todo el mundo en la isla, bajo aluviones de retórica fidelista, aspiraba a la condición de barbudo. Fidel, que sabía utilizar la imaginería religiosa, como buen ex alumno de jesuitas, sostenía que los barbudos auténticos, los que tenían el derecho original a usar barbas, eran los doce sobrevivientes del Granma. "Los Doce", escribe Franqui: "El número mítico bien contado en conversaciones televisivas, tiene algo de la épica del oeste norteamericano y de la antigua Biblia.. Doce hombres y un Cristo-Fidel, subiendo a la montaña. nos habían liberado del mal de la tiranía."

El texto hace pensar en un Fidel a la norteamericana, que sabe sacar partido de la televisión, de la Biblia, de las entrevistas que le hace en la Sierra, para el "New York Times", Herbert Matthews, y de la ingenuidad de sus oyentes de ambos sectores, de Cuba y de los Estados Unidos. Sus admiradores de los Estados Unidos, después, se sentirían traicionados, y Fidel pasaría a convertirse en la encarnación del mal absoluto.

Juego complicado de ingenuidades y de malos entendidos recíprocos, Fidel Castro, en la descripción de Franqui. resulta un personaje que se revela en forma paulatina, con gradualidad y perfecto oportunismo, pero que en verdad no

evoluciona. Es siempre la misma persona, con tácticas y fraseología adaptadas a las circunstancias cambiantes. Está lejos de ser un ideólogo; es un político puro, movido por grandes pasiones y por algunos rencores. En medio del entusiasmo de sus acompañantes, mantiene una reserva y una astucia permanentes. En la crisis de octubre del 62, parece irritado por la decisión soviética de retirar los cohetes de la isla, pero ni siquiera se compromete en pedirle a Franqui que publique la noticia en el periódico "Revolución". Cuando le conviene, Fidel se hace inaccesible, invisible. Este secreto de Fidel se explicaba, en la Habana, como un sacrificio personal impuesto por razones de seguridad, pero el libro de Franqui lo muestra también como una forma de gobernar. Cada vez que no quiere dar una respuesta clara, Fidel lanza a discutir a las facciones y se hace humo. Cuando el panorama se ha despejado



Carlos Franqui

un poco, reaparece y corta los nudos gordianos.

El libro dice mucho sobre la relación de Fidel con los intelectuales, pero ese aspecto, al menos para mí, ha sido más bien una confirmación que una novedad. Franqui le habla, en una oportunidad, como lector de Rimbaud: hay que cambiar la vida por medio de la cultura. Fidel lo mira con asombro. "Estás loco, Franqui", le dice. Son los primeros días del año 59. Salta a su jeep y le anuncia que se verán en la Habana. En mis meses de enviado diplomático del régimen de Salvador Allende, encargado de abrir la embajada de Chile en Cuba, Fidel Castro me dijo en dos o tres oportunidades algo muy parecido: "¿Por qué mandaron a un escritor?" No terminaba de convencerse, y sospechaba, sin duda, que el allendismo de las primeras semanas incurría en la misma ingenuidad primigenia que Carlos Franqui.

A juzgar por el Retrato. Fidel no evoluciona, pero muestra sus carta muy de

a poco, aparte de que cambia de naipe cuando le conviene. Raul Castro, en cambio, es el mismo desde el primer instante, y está a la vista, en la sombra, en espera de que llegue su momento. El que tiene una transformación dramática es el Che Guevara, el personaje que despierta las mayores simpatías de Carlos Franqui. El Che pasa del entusiasmo prosoviético al desengaño. y su muerte, al final, en la soledad y la incomunicación, parece la única salida.

Franqui, por su parte, descubre cosas a cada rato, y sus descubrimientos parecen confirmar algunas sospechas iniciales. Se inicia en el proceso como un ingenuo desconfiado, y la desconfianza instintiva termina por justificarse. Era un disidente sin saberlo, y es curioso que se haya hecho amigo de otro disidente astuto y a la vez ingenuo, puesto que tampoco sabía que era un disidente: Nikita Kruschev. Ningún otro gobernante soviético habría instalado cohetes nucleares en la isla, a consecuencia de los sucesos de playa Girón, y los habría retirado bajo amenaza, en plena crisis de octubre. En definitiva, los comienzos de la revolución cubana estuvieron marcados por la desestalinización y por el kruschevismo. Kruschev se interesaba en Cuba como país tercermundista y antiyanqui; en 1964 cayó en desgracia, sus funerales, en 1971, fueron privadísimos, y acaba de ser desterrado incluso de cementerio. Hoy día, en lo que parece el final de la etapa de Brejnev, es bastante difícil sostener que Cuba sea un país no aliado.

Al menos por ahora. De todos modos, y creo que esta conclusión es importante, el testimonio de Carlos Franqui no excluye por completo la posibilidad de sorpresas futuras. El retrato de Fidel sigue siempre apuntando a un enigma; tiene un elemento imprevisible, que no se encuentra en su hermano Raúl ni en los dirigentes prosoviéticos de los organismos de seguridad. El único retrato sombreado y matizado es el retrato de familia con el Comandante en Jefe, un hermano mayor ambicioso, frío, astuto, que sabe manejarse entre fuerzas rivales. De acuerdo con la tradición muy hispánica del mayorazgo, ese hermano mayor encarna el poder, y conviene mantenerse a prudente distancia.

"Mucha gente", dice Franqui. "confunde estar cerca del poder con el poder mismo.. . Apariencias. El poder es solitario. No se comparte".